

saltar plateados pececillos; los vientos, las ramas, las flores y aquel conjunto y aquella hora parecía enmudecer para escuchar atenta los pasos del transeúnte; todo aquel mundo virgen se disponía al reposo: dejaron de oírse los trinos melodiosos, perdió sus ecos la algazara de los monos, las aves desaparecieron, se apagaron los silbidos, solamente unas avecillas diminutas musitaban débiles requiebros, y con sus saltos y giros cumplidos entre la enramada interior que complicaba la bóveda, desempeñaban el papel de aquellos pequeñuelos que se cambian secretos picarescos a vista del viajero; mas por esto no dejaba de comprenderse que la naturaleza, unas horas antes despierta y agitada, dormitaba ahora con la majestad de una fiera que descansa después de sus retozos.

GUSTAVO ATUESTA

Oficial del Colegio.

---

## LA TRADUCCION (1)

Traducción, versión o traslación, es el resultado de expresar en una lengua lo dicho en otra.

Según el Brocense, «más difícil es traducir lo ajeno que componer lo propio.» Tratándose de traducciones es aforismo corriente que *la extremada fidelidad es una infidelidad extremada*: de ahí el adagio italiano, *traduttore, traditore*.

Para no trasladar servilmente, a más de tener buen gusto es preciso buscar las expresiones más propias del

(1) Pueden consultarse: *Essay on the principles of translation*, A. Fraser Tytler, 3d ed. Edimburg, 1913; *Anuario de la Academia Colombiana*, t. 1, artículo de Cuervo; Prólogo de Caro a las *Traducciones poéticas*; Menéndez Novella, *Guía del traductor*, Madrid, 1907.

genio de la lengua en que se traduce, así en cuanto a las desinencias como en cuanto a las figuras y giros. Por ejemplo, «tengo sed,» es más propio del castellano que *estoy sediento*, a la inglesa. También en inglés los adjetivos *glorious* y *noble* tienen acepción más amplia y uso más frecuente que en castellano. En francés se prefiere el verbo *savoir* donde el castellano sólo emplea *poder*. Más propia es asimismo la omisión que el uso de los pronombres personales: hay que aprovechar todas las ventajas de nuestra incomparable lengua.

Los que estudian ciencias naturales en textos franceses, deben saber que en nuestro idioma no se dice *batraciano*, *queloniano*, *sauriano*, sino *batracio*, *quelonio*, *saurio*. En francés la *u* de los nombres extranjeros, tanto históricos como geográficos, gentilicios, etc., se expresa por *ou*, que no tiene cabida en castellano. Y así como no escribimos *Pérou*, *hindou*, tampoco debemos escribir *Kaboul*, *Moscou*, *Ouganda*, *simoun*. Casi todos esos nombres, y aun los mismos nombres franceses, tienen su forma especial en castellano, salvo raras excepciones, como Lourdes. Así, no se dice Mayenza sino *Maguncia*; ni la Garone sino *el Garona*; ni Bordeaux, Clairveaux, Toulouse, sino *Burdeos*, *Claraval*, *Tolosa*.

Un insigne humanista colombiano advierte que «hay conceptos, imágenes y aun modos nuevos de expresar el pensamiento, traídos de fuera, pero acomodados a las condiciones geniales de la lengua de Castilla.»

Hay, sin embargo, metáforas que no admite nuestro idioma, y refranes, etc., que en cada lengua son distintamente formulados, v. gr. *Docendo docemur: en forgeant on devient forgeron*: el ejercicio hace al maestro.

Sacrificar el genio de la lengua en que se traduce al de la traducida, es probar que no se sabe una ni otra, dice Nisard. Coll y Vehí admite que cabe originalidad no sólo en las buenas imitaciones sino hasta en las tra-

ducciones. Y Caro recuerda que «cada lengua tiene su riqueza propia no sólo de expresiones sino de ideas.»

Hay, pues, exactitud literal inadmisibles, y exactitud formal que suprime, cambia o agrega cuanto convenga para acomodarse a la índole del lenguaje en que se traslada.

Con respecto al valor intensivo y extensivo de los vocablos, las lenguas son sintéticas cuando con un solo término abarcan diversidad de objetos, cualidades, acciones y modos. Y son analíticas si necesitan expresar cada especie o variedad de cosas con un vocablo distinto. Los idiomas cultos modernos son analíticos si se comparan con las lenguas sabias o clásicas de la antigüedad. Pero al compararlos entre sí, resulta que el nuestro es más bien sintético respecto del inglés o del alemán. Por ejemplo, decimos «*cierra* la puerta,» sea que signifiquemos ajustarla apenas, o que signifiquemos echarle llave; mientras el inglés dice *close* o *shut* en el primer caso, y *lock* en el segundo.

Es rarísima una buena traducción castellana del francés; particularmente las de los folletines.

Traductores modelos han sido Pombo, Caro, Gómez Restrepo, Vergara Barros, Arciniegas, Suárez Murillo, Hernando Santos y el presbítero Monseñor Concha Córdoba.

Como ejemplo de todo lo dicho atrás, sirva el trozo siguiente:

ORIGINAL

*Les nuages*

Qui de nous n'a trouvé du charme à suivre des yeux les nuages du ciel? Qui ne leur a envié la liberté de leurs voyages au milieu des airs, soit lorsque, roulés en masse par les vents et colorés par le soleil ils s'avancent paisiblement comme une flotte de sombres navires dont la proue serait doré; soit lorsque, parsemés en légers groupes, ils glissent avec vitesse, sveltes et allongés comme des oiseaux de

passage, transparents comme de vastes opales détachées du trésor des cieux, ou bien éblouissants de blancheur comme les neiges des monts que les vents emporteraient sur leurs ailes? L'homme est un lent voyageur qui envie ces passagers rapides, rapides moins encore que son imagination; ils ont vu pourtant, en un seul jour, tous les lieux qu'il aime par le souvenir ou l'espérance, ceux qui furent témoins de son bonheur ou de ses peines, et ces pays si beaux que l'on ne connaît pas et où l'on croit tout rencontrer à la fois. Il n'est pas un endroit de la terre, sans doute, un rocher sauvage, une plaine aride où nous passons avec indifférence, qui n'ait été consacré dans la vie d'un homme et ne se peigne dans ses souvenirs; car, pareils à des vaisseaux délabrés, avant de trouver l'infailible naufrage, nous laissons un débris de nous mêmes sur tous les écueils.

(Alfred de Vigny)

VERSIÓN LITERAL

*Las nubes*

¿Quién de nosotros no ha encontrado encanto a seguir de los ojos las nubes del cielo? ¿Quién no les ha envidiado la libertad de sus viajes al medio de los aires, sea cuando rodadas en masa por los vientos y coloreadas por el sol ellas se avanzan apaciblemente como una flota de sombríos navíos cuya proa sería dorada; sea cuando diseminadas en ligeros grupos ellas resbalan con velocidad, esbeltas y alargadas como pájaros de pasaje, transparentes como vastos ópalos desprendidos del tesoro de los cielos, o bien deslumbrantes de blancura como las nieves de los montes que los vientos trasportarían sobre sus alas? El hombre es un lento viajero que envidia esas pasajeras rápidas, rápidas menos aún que su imaginación; ellas han visto sin embargo en un sólo día todos los lugares que él ama por el recuerdo o la esperanza, aquellos que fueron testigos de su dicha o de sus penas, y aquellos países tan bellos que uno no conoce y donde se cree todo reencontrar a la vez. No hay un lugar de la tierra, sin duda, una roca salvaje, una llanura árida donde pasamos con indiferencia, que no aya sido

consagrado en la vida de un hombre y no se pinte en sus recuerdos; porque parecidos a buques desmantelados antes de hallar el infalible naufragio, nosotros dejamos un despojo de nosotros mismos sobre todos los escollos.

VERSIÓN CORRECTA

*Las nubes.*

¿Quién no halla placer en seguir con la mirada las nubes del cielo?

¿Quién no les ha envidiado el poder viajar libremente al través de los aires, ora cuando arrebatadas en tropel por la brisa y matizadas por el sol avanzan lentamente como una flota de bajeles de dorada proa; ora cuando dispersas en pequeños grupos rápidamente se deslizan, esbeltas y estiradas, semejando aves de paso; o transparentes como enormes ópalos desprendidos del joyel de los cielos; o brillantes de blancura cual si fueran montañas de nieve trasportadas por las alas de los vientos?

El hombre es un moroso caminante que bien puede envidiar a esas raudas viajeras. Aunque menos veloces que nuestra imaginación, ellas han visto en un solo día todos los sitios que amamos con el recuerdo o la esperanza, los parajes testigos de goces o penas, o los países encantados que jamás hemos visto y que la ilusión nos pinta colmados de halagos.

Quizás no hay lugar alguno en la tierra, ya fuere abrupta roca, ya estéril llanura, que pueda sernos indiferente, que no esté consagrado por la vida de un sér humano y no viva también en su memoria. Porque a igual de los barcos destrozados por el naufragio antes de irse a pique, vamos dejando despojos de nosotros mismos en todos los escollos.

JUAN C. GARCIA, Presbítero.

Antiguo alumno rosarista.